

III.—SECCION INFORMATIVA

A) CRONICAS

Urbanismo turolense

El Teruel musulmán no sabemos con certeza en qué consistió; debió de tener sus fortificaciones, sin duda, de poca importancia; tampoco conocemos su extensión y si tuvo efectividad en el lugar llamado Villavieja. Los caballeros de Alfonso II, que en 1171 conquistaron estos lugares, se fortificaron en esta colina estratégica, defendida en todas las direcciones por los naturales terraplenes y la muralla que ellos levantaron. Vista de lejos presentaría una característica visión de ciudad medieval, con su recinto amurallado, abierto por siete puertas; en su interior, callejuelas, algunas sinagogas y mezquitas, y en 1196, se citan nueve iglesias: Santa María de Media Villa, San Martín, San Jaime, San Salvador, San Juan, San Andrés, San Esteban, San Pedro y San Miguel; de su primitivo estilo apenas nos ha llegado un capitel que nos ayude a evocarlas.

La ubicación urbanística de Teruel es completamente medieval. Se levanta en un acirate dominando el paso del río y el breve valle. A fines del siglo XII esta avanzadilla cristiana tuvo un gran valor estratégico, por ser un ariete que amenazaba a Valencia; no tardó Alfonso II en conceder la defensa de este avanzado y fronterizo lugar a la Orden militar del Redentor. Tan estratégica posición antigua ha motivado modernamente la construcción de una serie de puentes que faciliten el acceso a la ciudad. El más logrado de todos ellos es el Acueducto, vulgarmente conocido por los Arcos, obra de grandiosidad romana que levantó, a mediados del siglo XVI, el arquitecto francés Pierres Vedel. El puente de mayores dimensiones es el Viaducto, en la carretera de Valencia, obra característica de la barbarie del hormigón. Aún hay otros puentes: el de la Rei-

na, San Francisco (antiguo y moderno); más ante el fracaso de los puentes de hormigón y piedra, tenemos que recordar un puente efímero, un puente de tablas, el de doña Elvira, aureolado por la leyenda de aquella dolorida mujer, cuyo marido murió alevosamente en el puente de San Francisco; entonces ella mandó construir éste para no hollar el anterior.

El centro geográfico de Teruel es la Plaza de Carlos Castel o del Torico. Nos asombra el minúsculo cornúpeto que, sobre pedestal columnario, se levanta en medio de la fuente, presidiendo con hieratismo totémico el murmullo de la ciudad que le está dedicada. El toro es el signo más antiguo del Zodíaco, por lo que entra dentro del mito universal de la luz y de las tinieblas; fué centinela de lo oculto, y símbolo de la procreación y de Dionysos, que el Cristianismo puso al lado de San Lucas, en el tetramorfos. El «Torico» pertenece al ciclo mediterráneo del buey Apis y del minotauro de Creta. El toro fué animal sagrado en España, según nos cuenta Diodoro de Sicilia. Un etimologista turolense, don Miguel Cortés y López, tuvo la obsesión de ver raíces hebreas en la toponimia española; dice que Turba fué el primitivo nombre de Teruel, el cual debía de venir de las voces hebreas «thou» y «bat», que interpretó por *domus tauri*; así, pues, Teruel era tanto como casa o templo del toro. El Ayuntamiento turolense determinó, en 1858, levantar en la antigua fuente este monumento con el minúsculo toro de bronce; fué decisión de buen criterio, aunque realizada sin vuelo estético. A pesar de todo, el animal anecdótico es admirado por extraños y propios.

Esta plaza porticada, la única triangular que posee la villa, ha concentrado bajo sus soportales una intensa actividad comercial. Antiguamente se llamó del Mercado, viéndose los jueves repleta de mercaderías; en ella existió el almudí o lonja turolense, que estuvo en manos de los judíos, a quienes se debe el auge de Teruel durante los siglos XIII al XV, e hicieron de esta villa una ciudad-mercado, en la que circulaba toda clase de moneda. En este marco inalterable se han sucedido los hechos cotidianos y los de mayor relieve histórico. En ella predicó San Vicente Ferrer, el año 1412, a la confusa población mora, hebrea y cristiana. Las construcciones que la delimitan no guardan uniformidad estilística; las modernas edificaciones de ladrillo han sido más acertadas que las anteriores.

Por esta plaza pasa la única arteria axial, que divide en dos

partes al antiguo casco urbano, irregularmente ovalado, actuando de diámetro menor. La parte occidental presenta un trazado más regular, mientras que la topografía de la vertiente oriental no ha perdido sus rasgos medievales; una ligera mirada sobre el plano y su correspondiente paseo nos sirven para reconocer en ella la medina. Aquí se cobijó la judería turolense, a espaldas de los castillos de Ambeles y San Esteban, formando parte de ella las calles que más o menos radialmente inciden en la actual Plaza de la Judería. En la calle adjunta de la Comadre tuvieron su sinagoga. Este recinto tuvo sus portillos, que se cerraban por la noche. Pero no se encontraban aquí todos los judíos, ya que habitaban otras calles en confusa mezcolanza con los cristianos; vivieron en la Albardería (hoy Salvador), Ricos Hombres o Amantes, que parecía confinada a la aristocracia, y Alcaicería (San Juan), a cuya entrada los nairíes tenían su casa de cambio. No pocos hechos históricos nos evocan las tortuosas callejuelas de este sector urbano, el más vetusto del urbanismo turolense.

Extramuros quedan dos barrios interesantes: antiguo es el del Arrabal, y moderno, el del Ensanche. El primero no ha perdido su carácter arábigo, con los característicos callejones sin salida, que podemos observar en las medinas musulmanas; aquí vivieron hasta su expulsión, en los primeros años del siglo XVII, los moriscos, dedicados preferentemente a la construcción; estos humildes alarifes dotaron a la ciudad de las soberbias torres que la hacen singular en el mundo; aquí subsisten aún las «ollerías», en las que se elaboró la interesante cerámica, con tonalidades azules, verdes y pardas. En el Ensanche, la urbanización moderna ha abierto un abanico geométrico, con evidente acierto urbanístico y convergiendo al Viaducto.

Se puede hacer el periplo del casco urbano medieval, en un paseo extramuros poco mayor de un kilómetro. Las modernas construcciones se han detenido ante los terraplenes defensivos, pero los murallones han desaparecido en su mayor parte, desbordados o embutidos en posteriores reformas; de trecho en trecho se presentan algunos torreones, vestigios del circuito murado. Al extremo nordeste de la arteria diametral antes citada, al fin de la calle del Tozal, estuvo la Puerta de Zaragoza, por encontrarse la cabeza del Reino en esta dirección. Esta documentada su reconstrucción en 1379 por Pedro IV, y tuvo dos torreones en los flan-

cos, con matacanes volados, como la Puerta de Cuarte de Valencia y la Real del Monasterio de Poblet. En ella estuvo esculpido el escudo de Aragón, con cimera coronada, de la que sale un dragón; esta piedra heráldica es lo único que resta de aquella puerta, siendo conservada celosamente en el Ayuntamiento. Tras de la Casa de la Comunidad, parece ser que estuvo el portal de las Carnicerías Altas. Como gigante desmochado se nos presenta la torre conocida por la Lombardera o Bombardera. Formando ángulo con los Arcos se encuentra el portal de San Miguel o de la Traición, en memoria del hecho nefasto que motivó la entrada de las fuerzas castellanas, tras nueve días de asedio, durante la Guerra de los Pedros, el año 1363, por «tracto malo e falso», según dicen las crónicas.

Esta parte de la ciudad es, sin duda, la más pintoresca, como sacada de un dibujo romántico. Serpenteante camino lleva hasta el portal de Daroca, conocido ya en 1566 por la Andaquilla (andajaquilla). Su ojiva aún evoca a los turolenses el regreso angustioso del infortunado amante Juan Diego Martínez y Garcés de Marcilla, el mismo día de la boda de su enamorada (según la tradición). Casi en el Ovalo, en dirección Oeste, al fin de la calle del Salvador, estuvo la Puerta del Guadalaviar, sin duda llamada así por ser la más próxima al río. Al término de la calle paralela de José Antonio, estuvo el Postigo, portezuela semejante a la de las Carnicerías Altas. Tampoco quedan vestigios de la ciudadela turolense, en el ángulo Sur, que miraba amenazadora a la morisma; una de sus torres se llamó del Redentor, en memoria de la orden religioso-militar establecida allí por Alfonso II. En esta parte de la Plaza de San Juan (hoy General Varela), han desaparecido el palacio de los Sánchez Muñoz, obra al parecer renacentista; la iglesia de San Juan, que tuvo hermosa torre mudéjar, construida en tiempos del juez Pérez de Malanquiella (1343), y el portal de Valencia, próximo al actual Viaducto.

En dirección Norte, por la Ronda del 18 de Julio, estuvo el Portal Nuevo, en la confluencia con la calle Abadía, encontrándose próximo al Castillo de San Esteban, cuyo torreón resalta en la línea de las modernas edificaciones. El camino de ronda interior lo señalan las calles de San Esteban, en la que apenas quedan restos de la primitiva iglesia; la plaza de Bolamar, que nos recuerda al capitán Abul-Amar, jefe de una compañía de moriscos, que de-

fendió la ciudad contra los ataques de las aldeas ; y la Plaza de la Judería, que por la actual calle de Ambeles, comunicaba al exterior en el llamado Portal Alto. Aquí, a espaldas del torreón, estuvo la Casa del Judío, famosa por su rico artesonado mudéjar del siglo xv, desgraciadamente emigrado al extranjero. La planimetría acusa aquí el punto más alto de la ciudad, por lo que en él se situó el Alcázar, perdurando en su memoria el Castillo de Ambeles.

La visión desde extramuros era interesante, sobre todo antiguamente ; he aquí las palabras del anónimo manuscrito del siglo xviii «Breve noticia y descripción de la Muy Noble, Leal y Antigua Ciudad de Teruel», que es la primera y casi única guía turística de la ciudad ; dice elogiosamente : «La vista al salir de la ciudad es deliciosa y hermosa por su dilatada y frondosa huerta, que muy a larga distancia se descubre, cielo hermoso y frondosidad perpetua, pues fuera de los cortos meses de invierno, es una continuada primavera, haciéndola, por otro lado, sus encumbrados cerros, la más graciosa perspectiva en hermosos lejos. Su vista para los que de Zaragoza y Valencia van a ella, es de admirable suspensión, con la variedad y elevación de sus edificios, persuadidos a que fugitiva de la tierra quiere subirse al Cielo, y que el Cielo, benévolo por agraciarse, se bajó a ella. Su nobleza, ilustre, conocida y respetada ; su pueblo, atento, cortés y sociable ; el forastero, bien admitido y tratado».

SANTIAGO SEBASTIÁN

Miembro del Instituto Velázquez